



Jóvenes violentos, ¿por qué?

Javier M. Donézar Díez de Ulzurrun*

LA sociedad lleva años preocupada por la violencia diaria o, más bien, por los hechos que continuamente la asaltan desde los periódicos y la televisión. A estas alturas tiene en su haber casi todas las respuestas objetivas a la pregunta del título tras haber desplegado todo tipo de encuestas y estudios científicos. Pero tal pregunta, a la vista de los resultados prácticos generados por dichas respuestas, sigue siendo «la pregunta del millón».

Las limitadas líneas de este artículo no van a dar respuestas solucionadoras a tal pregunta y mucho menos la respuesta-solución. Sí pretenden, en cambio, participar en el «maremágnum» de las reflexiones al respecto.

Es cosa de empezar por considerar la latente situación de conflicto que continuamente está generando el comportamiento de la misma sociedad actual. Aceptar que sea «situación» implica reconocer que se presenta, en cuanto tal, como una realidad difuminada precisamente por estar compuesta por una multitud de acciones violentas. Por ser difuminada ocupa todo el espacio de la vida social pero no es achacable a ningún titular concreto; en

* Catedrático de Historia Contemporánea. Universidad Autónoma de Madrid.

definitiva y para este caso, a la frase de Castillo de Bobadilla, en el siglo XVII, «lo que es del común no es de ningún» habría que añadir: pero es de todos. Ello provoca que la sociedad ante su existencia, y consciente de que la produce, se sienta exculpada-inculpada y, a un mismo tiempo, permisiva hasta donde los hechos derivados sean considerados por ella misma como «violentos», esto es, delictivos por sus leyes.

Dentro de la sociedad violenta

LOS jóvenes, por formar parte de esa sociedad, están dentro de esa situación latente de violencia y contribuyen con determinadas acciones a hacerla pública, a exponerla a la vista de los demás, pero no en más veces ni de modo más estridente que el resto de los componentes de tal sociedad. Porque, en definitiva, las relaciones de los individuos se sustentan más en los conflictos que en los pactos.

Cierto es que la «política correcta» y los «mass-media» al uso se esmeran en poner en evidencia que el mundo está en paz y que el conflicto (la guerra) no es más que algo accidental; del mismo modo que incide en señalar que las complejas y variadas relaciones familiares son normalmente pacíficas y sólo en momentos muy concretos entran en conflicto para volver rápidamente a la paz. La misma *Enciclopedia Internacional de Ciencias Sociales* no lleva ninguna entrada para «violencia», aunque los diccionarios suelen explicar la paz más como «ausencia de guerra» que al revés y las investigaciones sociológicas han profundizado más en el conocimiento del conflicto y la guerra que en el de la paz. Ortega y Gasset propuso una interpretación bélica de la Historia según la cual la vida en cada época estaría condicionada no por los instrumentos de producción sino por sus contrarios, los instrumentos de destrucción.

Para Morgenthau la tendencia a dominar es un elemento fundamental que forma parte de todas las asociaciones humanas; con ella se produce la afirmación del propio ser individual. Propiamente, el «poder» en sí no existe, existe siempre «en relación a alguien, sobre alguien»; sería absurdo que alguien pensara que tiene poder sin el «otro» como referencia. Y la lucha por el poder, de ahí la situación latente de violencia, está en todas partes: empieza en el seno de la familia, pasa por las asociaciones profesionales y llega al Estado. En el plano económico, la formación de sociedades en búsqueda de poder que, evidentemente, comprende el dominio del mercado y de la producción; la propaganda de los productos no es sino su manifestación más externa, la «correctamente» aceptada. En la vida de la política interna de una

nación se lucha por el poder; por medio de las elecciones periódicas los individuos intentan o mantenerse en el poder o alcanzarlo; en definitiva, la definición más simple de un partido político es la de «un grupo que aspira al poder del Estado», por lo que ninguno se presenta ante la sociedad solamente «para participar».

Pero como sucede con la paz, aunque se lucha por el poder en todas las parcelas de la vida social, «aparentemente» no existe tal lucha. No es «correcto» mostrarla; el asunto no es de ahora. En el siglo XIX la burguesía liberal introdujo el principio de la igualdad, y el concepto de «poder» quedó en sinónimo de «absolutismo»; mostrar poder era poco menos que un acto no-regulado, colindante a lo tiránico. Así, en la segunda mitad de este siglo llegó la hora de decir que la Segunda Guerra Mundial había acabado con la lucha por el poder entre las naciones y que se había entrado en una era «correcta» de colaboración internacional.

A la vez, la igualdad, que era jurídica, sirvió para ocultar la desigualdad real y para introducir un sistema de dominio más sutil, el de la dependencia económica; la economía no provocaba poder, si acaso solamente desigualdad, la cual, por otro lado, era natural, era propia de la naturaleza.

Si desde la interpretación liberal el fin de la existencia del individuo es la plenitud de su identidad como tal, que esto sería la felicidad, no cabe duda que el procedimiento para lograrla que ofrece la sociedad civilizada de fin de siglo es muy simple y totalmente propio del estado natural hobbesiano: tener capacidad para poder alcanzarla. Por tanto, en el caso de que la felicidad liberal del siglo XIX tuviera su punto ideal o, si se quiere abstracto, desde luego la que se propone como modelo por los medios de comunicación es arrasadoramente material. «Tener capacidad de» inmediatamente implica contar con elementos para hacerlo: libertad para iniciar el camino y fuerza, intelectual o física, para vencer los obstáculos que se vayan presentando surgidos en el momento en que dos o más individuos pugnen por el mismo objeto. De ahí que el individuo por necesidad ha de ser competitivo. Escribía Hobbes en *Leviatán*: «la pugna de riquezas, placeres, honores u otras formas de poder inclina a la lucha, a la enemistad, a la guerra. Porque el medio que un competidor utiliza para la consecución de los deseos es matar, sojuzgar, suplantarlo o repeler a otro».

Juventud compleja

NO se puede hablar de la juventud como un algo homogéneo; tampoco la sociedad puede proceder, como bien señala

Manuel Martín Serrano en su estudio *Los valores actuales de la juventud en España*, a mitificar la juventud «como una condición existencial que identifica a las personas» de modo que esto prevalezca sobre las distinciones que se deben a las diferencias de sexo, de origen social o de opinión, lo cual significa organizar una inicial barrera de separación. Por otra parte, los mismos jóvenes se dan cuenta de ello y no comparten este estereotipo tan simple, son conscientes de que la juventud es rasgo biológico diferencial sólo cuando se compara entre jóvenes y viejos pero no es un criterio específico de identidad dentro de la totalidad de los sujetos sociales.

Por tanto, los jóvenes, como un grupo más, pugnan en esta sociedad por tener poder, por mostrar su identidad ante ella. Pero cuentan con una desventaja: que acaban de llegar y que tienen que empezar por identificarse a sí mismos para luego darse a conocer.

Y para tamaña labor, la sociedad «establecida» no les ofrece ni el requisito más indispensable, la libertad de actuación. Si nos referimos al ámbito económico, se enfrentan a una general escasez de trabajo para cuya obtención están los últimos de la fila; de ello se deducen unas cifras altas de paro juvenil y, sobre todo, un general pesimismo ante la dificultad de poder hallar un puesto de trabajo.

Esta dificultad de inserción en el mundo del trabajo aleja la posibilidad de identificarse consigo mismos por cuanto el trabajo en sí (la acción humana aplicada a un objeto) es lo único propio e intransferible con lo que cuenta todo individuo para comenzar el camino hacia su felicidad. Y trae unas consecuencias: que, a la vista de lo que ofrece la sociedad, los individuos jóvenes opten por instalarse conscientemente en una abstracta «juventud» y la hagan un modo de vida. Actualmente, «ser joven» es más que un tránsito entre la infancia y la vida adulta, es una etapa con entidad propia y que puede tener una larga duración temporal.

Si ser joven es «ir experimentando» para ir obteniendo una idea más o menos clara de la sociedad en la que se está de forma que luego se elija una opción, lo que significaría haber llegado a ser adulto, esta fase experimental se realiza dentro de la precariedad personal que conlleva la dependencia económica de la familia. Y aquí se produce una nueva situación: el individuo se encuentra impotente ante la sociedad y busca la que juzga momentánea salvación, a espera de tiempos mejores, en el entorno más cercano: la familia o, lo que es igual, acepta someterse a una autoridad, la paterna por ejemplo. El psicoanálisis ha mostrado que la autoridad se convierte en protección, aquí interviene algo parecido al masoquismo porque el individuo para salvarse

queda retenido en una especie de estado infantil de desarrollo, quizás consciente, en el que la autoridad paterna ejerce un dominio.

Esta autoridad no es la instancia que solamente promete seguridad y protección sino que además impone unas normas que exigen la renuncia y represión de los propios deseos, manifiesta poder. Y con él la pugna; es el momento porque el individuo se nota reprimido por aquélla; ambos pueden darse simultáneamente aunque, según las épocas, llega a prevalecer el uno sobre el otro.

Seguir el de odio llevará indefectiblemente al conflicto y acarreará consecuencias poco agradables y, sobre todo, no convenientes porque alterarán la vida cotidiana del ser protegido, esto es, se quedará de nuevo desprotegido. Por lo cual, y por comodidad —que es un instinto como otro cualquiera— probablemente optará por transformar la imagen odiada en un ideal digno de respeto e incluso amado o, lo que es lo mismo, conscientemente evitará provocar actos violentos. Ha sido la comodidad la que ha puesto orden y la que ha procurado caminos menos peligrosos colocando la primacía del amor sobre el odio; a ello ha colaborado eficazmente una reflexión existencial y determinista brotada desde la misma conciencia de ausencia de medios para obtener la identidad: él no tiene la culpa de estar en esa sociedad, no ha pedido estarlo, le han colocado en ella, luego los que le han colocado ahí que aporten soluciones.

Situación conflictiva

PARA llegar hasta aquí el individuo no ha hecho más que seguir la pauta de la practicidad, que es la que predica la misma la sociedad donde está; porque también se ha dado cuenta que ser verdaderamente independiente, vivir independientemente, resulta realmente incómodo y supone una pérdida de la calidad de vida que tiene. Esto último es el motivo por el que decide que no lo hará hasta que realmente cuente, por lo menos, con las mismas condiciones actuales, y para esto le hace falta un puesto de trabajo que no hay.

Se comprende que el trabajo sea sentido y vivido por los jóvenes, escribe Javier Elzo, como lo equivalente a la vida adulta, a la emancipación, a la real autonomía con sus consecuencias evidentes en los ámbitos de comportamiento y de actitudes: por ejemplo, en una cierta dificultad, y hasta desidia, por el esfuerzo cotidiano y continuo que lo dejan para «más adelante», para cuando estén trabajando.

La desidia es una forma que tiene el protegido, no demasiado molesta para los protectores, no implica actos puntuales violentos, de mostrar que en la comodidad elegida-impuesta se siente «incómodo». En efecto, si se divide la sociedad en tres segmentos: el de los colectivos con capacidad de decisión con consecuencias para los demás; el de los trabajadores con un trabajo estable y el de los que están asistidos por el resto de los ciudadanos (parados, jubilados...) (J. Elzo), es evidente que los jóvenes se encuentran, en su gran mayoría, en este colectivo. Esto es, se sienten a sí mismos como «jubilados antes de empezar» porque la sociedad los cuida como tales; les proporciona medios para que subsistan en ella y muy poco más, les da el trigo pero no pone en sus manos el arado. El mismo mercado está dirigido hacia unos compradores determinados, lógicamente hacia los que tienen medios adquisitivos que son justamente los protectores. Pero el mercado muestra las novedades de sus productos no a los adultos sino a los jóvenes para provocar en éstos ocultos actos de venganza (en forma de compras con dinero ajeno) y en aquéllos «actos de protección y lavado de conciencias»; dichos actos juegan un papel ambiguo porque se mueven entre la caridad por pena, el pago de la culpa por lo cometido o el intento de evitar posibles algaradas.

En realidad, se está ante una situación latente de conflicto siempre a punto de convertirse en acción. Dos modos hay de solucionar el conflicto: o por la vía de la transacción, que no tiene por qué ser entre iguales, o por la violencia. Los jóvenes tienen que hacer frente, posiblemente más que en otras épocas, a una sociedad de mayores que «los jubila» (esto es, viene a decirles que sigan viviendo con júbilo) porque ellos se siguen sintiendo «jóvenes». Por eso, ante «jubilación» tan anticipada la gran mayoría de los jóvenes exigen contraprestaciones materiales; en la mayor parte de los casos, su forma de solventar el conflicto es acudir al pacto, o procedimiento pacífico, reconociendo que es desigual. Dicho pacto oculta una venganza consistente en «hacer gastar», en gastarlos, a los que no sólo les han quitado la «juventud», y no han utilizado los innumerables medios con que contaron para saber dónde, en definitiva, se hallan. Por otra parte, no han cerrado todavía su período «de formación» y siguen buscando su entidad.

Escribía Vicente Verdú que pocas veces se ha producido una hegemonía de ascendencia tan larga como la que están protagonizando los nacidos en los entornos de 1950. Disfrutaron de todas las ventajas para identificarse a sí mismos: de la irrepetible oportunidad de lograr empleo, fueron protagonistas de revoluciones como la sexual y el feminismo, rompieron las viejas teorías burguesas del ahorro y el sacrificio y se vieron arrojados por el casi nacido, en la práctica, Estado del Bienestar. Los jóvenes, hijos de aquellos,

son sus réplicas, pero con una diferencia: que aquéllos, después de la revolución tenían un futuro por delante y éstos no, por lo cual observan que sus intentos revolucionarios gozan de todos los ingredientes de inviabilidad y siempre chocan contra una guardia pretoriana compuesta por los mismos antiguos ex-revolucionarios. No pueden competir con el imperio de una generación que, siguiendo en su «juventud», cuenta con todos los medios para evitar participar de la desolación del mundo de «las tinieblas exteriores».

Hay que incluir una consideración final y es la dificultad objetiva de salir de esta situación; porque a las reflexiones citadas acerca de una sociedad en conflicto habría que añadir la ausencia de referentes universalmente admitidos. Por ello, es lógico que los jóvenes no los encuentren cerca; más bien observan que los adultos son los primeros desnortados.